

## SEGUNDA PARTE DE LA SANTA JUANA

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CRISTO.  
LA SANTA JUANA.  
EL ANGEL DE LA GUARDA.  
SAN ANTONIO DE PADUA.  
EL NIÑO JESÚS.  
SAN FRANCISCO.  
CRISTO CRUCIFICADO.  
SOROR EVANGELISTA.  
UNAS MONJAS.  
MENGA.  
MARI PASCUALA.

CARLOS V, Emperador.  
DON JORGE.  
LILLO.  
GRESPO.  
MENGO.  
BERRUECO.  
MINGO.  
UN PAJE.  
OTRA GENTE.  
PASTORES (1).

### ACTO PRIMERO

#### ESCENA PRIMERA

*Música, y salen la SANTA y el ANGEL arriba, que va bajando hasta la mitad del tablado, y la SANTA subiendo dél al mismo tiempo, hasta emparejar los dos, y entonces cesa la música.*

ANGEL.

Esposa cara del Monarca eterno,  
contra cuyo poder no prevalecen  
las puertas tristes del Tartáreo infierno;  
las entrañas de Dios que se enternecen  
con el agua sabrosa de tu llanto  
remedio al mundo por tu ruego ofrecen;  
delante de su altar, tálamo santo,  
llorando estabas el estrago horrible  
que al mundo anuncia confusión y espanto  
por la ponzoña del dragón terrible  
de las siete cabezas que en Sajonia  
niega la ley católica infalible.

(1) Intervienen además la VICARIA y la ARADESA.

Llorabas que con falsa ceremonia  
y hipócrita apariencia, el vil Lutero  
imitase á Nembrot en Babilonia,  
y que el rebaño del Pastor cordero,  
este lobo, en oveja disfrazado,  
despedazase con estrago fiero.  
Llorabas que se hubiese dilatado  
su blasfema y pestífera dotrina  
por Alemania y su imperial estado,  
y que, cual de la máquina divina,  
derribó la tercer parte de estrellas  
la angélica soberbia serpentina,  
este Anticristo austral, las leyes bellas  
de la alemana Iglesia derribase,  
asolando la mies de Dios con ellas.  
Lloras el ver que tanto cáncer pase  
tan adelante y su infernal blasfemia  
que lo mejor de vuestra Europa abrase.  
El católico reino de Bohemia  
la verdadera ley de Dios destierra,  
y al apóstata falso sirve y premia.  
Flandes le sigue ya, y Ingalaterra  
sus desatinos tiene por ganancia,  
desamparando á Dios su gente y tierra.  
Polonia, Hungría y la cristiana Francia

frenéticas aprueban los errores  
que el vicio trajo al mundo y la ignorancia;  
por esto lloras, y es razón que llores  
pérdida tan notable.

SANTA.

¡Ay, Angel mío!  
Comprando Dios á costa de dolores  
las almas con su sangre redimidas,  
¿tantas se han de perder costando tanto?  
De tres partes del mundo están perdidas  
las dos, porque Asia y Africa no adoran  
sino de Agar las leyes pervertidas;  
los más la luz de la verdad ignoran,  
y perdido el camino verdadero,  
al despeñarse sin remedio lloran,  
pues si agora el apóstata Lutero  
este rincón de nuestra Europa abrasa  
con la doctrina falsa y el acero;  
si á Europa, que es columna firme y basa  
de nuestra militante Monarquía,  
los límites que Dios la puso pasa,  
¿quién duda que la bárbara herejía  
de mar á mar ensanchará el imperio  
que tuvo antes la ciega idolatría?  
No permita mi Dios que en cautiverio  
tenga á su pueblo el condenado Egipto  
ni pase la verdad tal vituperio.  
Bien sé que este rigor es por delito  
de mis culpas, que son merecedoras  
de un castigo inmortal, Angel bendito;  
pero páguelo yo.

ANGEL.

Por ver que lloras  
con tanto afecto, Dios, por el estado  
de la Iglesia y su ley que humilde adoras,  
desde aquí, Juana Santa, me ha mandado  
que te venga á enseñar el fértil fruto  
que en las Indias España al cielo ha dado.  
*(Van subiendo los dos hasta el un ángulo superior,  
y descúbrense en un nicho dél una estatua de don  
Hernando Cortés, viejo, armado á la antigua, con  
bastón y un mundo á los pies.)*

Si un pequeño rincón paga tributo  
en Europa á Lutero, pervertido  
por la ambición, que le hace disoluto,  
un nuevo mundo rico y extendido  
ha descubierto la romana barca  
que al yugo de la Cruz está rendido.  
Mira al pesar (1) del bárbaro heresiarca  
este nuevo Alejandro que conquista  
el orbe indiano al español monarca.  
Don Hernando Cortés (con cuya vista  
se alegra el mar del Norte), es éste, Juana,  
digno de que sea yo su coronista.  
Por él se extiende nuestra ley cristiana  
por infinitas leguas, y al bautismo  
regiones inauditas vence y gana.  
Este es quien pasa el fluctuoso abismo  
que márgenes de plata y oro baña,  
y para eternizar su nombre mismo  
á vuestra España da otra Nueva España,  
á muerte á la idolatría, almas al cielo,  
y á su linaje una inmortal hazaña.

(1) Claro es que debe leerse á pesar.

SANTA.

Ya, soberano Angel me consuelo  
viendo lo que la ley de Dios se extiende  
y que le adora tan remoto suelo.  
¡Oh, ilustre capitán! Si el tiempo ofende  
la memoria de hazañas infinitas,  
defienda Dios la tuya, pues defiende  
su ley tu brazo y las columnas quitas  
del estrecho de Cádiz, por ponellas  
en tierras y naciones inauditas.  
Esculpa el mundo tu renombre en ellas,  
pues á la iglesia das el Occidente  
y el cielo pueblas otra vez de estrellas.  
*(Pasan los dos por el aire al otro ángulo del tabla-  
do y en él enséñale una estatua de don Alonso de Al-  
burquerque, viejo, á lo portugués antiguo, con otro  
mundo á los pies, y bastón.)*

ANGEL.

Vuelve agora los ojos al Oriente  
y verás la nación del griego Luso  
y las hazañas de su ilustre gente.  
Este fiel capitán las quinas puso  
desde el Atlante monte al mar Bermejo,  
á pesar del idólatra confuso.  
Mira en aquellas canas el consejo  
y el valor de la fe en aquella espada,  
que en uno y otro fué español espejo.  
Por él ha vuelto nuestra ley sagrada  
á hacer que en Asia el bárbaro se asombre  
viendo en ella su iglesia restaurada.

SANTA.

Angel: ¿quién es tan milagroso hombre?

ANGEL.

Alonso de Albuquerque, lusitano,  
que de Magno ganó fama y renombre.  
Este, venciendo al moro y al pagano,  
al etiope torpe, al ciego persa,  
la Cruz dilata con valor cristiano.  
Si gente, pues, tan bárbara y diversa  
en América y Asia á Dios adora,  
¿qué importa que la herética perversa  
contra el cielo publique guerra agora,  
si por una provincia sola gana  
dos mundos cuyas almas atesora?

SANTA.

¡Oh nobleza católica y cristiana  
de Portugal! ¡Oh célebre Castilla!  
¡Viva la ley de Cristo soberana!  
Alegre estoy de ver tal maravilla.

ANGEL.

Aunque el Rey don Manuel dichoso tiene  
la lusitana y invencible silla,  
ya el tiempo deseado á España viene  
en que se junten los castillos de oro  
con las sagradas quinas; ya conviene  
que dando al cielo un Sebastián el moro,  
goce en España el Salomón segundo  
con Portugal un orbe lleno de oro.

*(Bajan un poco y en la mitad del teatro descúbren-  
se otra estatua de Filipo segundo, viejo, con dos mun-  
dos á sus pies.)*

Ya el César Carlos quinto ha dado al mundo un Filipo primero, que el primero de quien nació Alejandro, aunque es segundo. Su ilustre imagen enseñarte quiero del modo que en edad grave y madura en oro ha de volver la edad de acero. Aquí la cristiandad está segura; la justicia en su punto y la prudencia.

SANTA.

Su gravedad deleita y compostura, respeto pone su real presencia.

ANGEL.

Dos mundos á sus pies sujeta el cielo, y cada cual su nombre reverencia; enjuga, pues, el llanto y desconsuelo, pues que tan dilatada, Juana, has visto la ley divina que respeta el cielo, que si el Sajón, apóstata anticristo, la potestad del cielo á Roma niega, y á quien es en su silla vice-Cristo, y con malicia y pertinacia ciega las indulgencias de las cuentas santas contradice y blasfemias loco alega, por eso Dios ha dado gracias tantas á las sagradas cuentas que su hijo te dió, con que su ceguedad quebrantas; para contradecirle las bendijo. Y en fe de que el rosario santo aprueba que el sacrilego fiero contradijo, un árbol ha nacido y planta nueva en la isla de Irlanda en este instante que en vez de fruta mil rosarios lleva. Jamás el mundo vió su semejante; nació y creció en un punto, convenciendo al pueblo pervertido y ignorante; de sus ramas las cuentas están viendo, que como de las parras los racimos, en fe de la Fe santa están pendiendo.

(Descúbrese un árbol lleno de rosarios arriba.)

Aqueste el árbol es.

SANTA.

¡Qué merecimos en nuestros tiempos ver, rosarios santos, el árbol de quien sois frutos opimos! Celebre el cielo con alegres cantos hazaña tan ilustre y portentosa, pues tal consuelo dais á nuestros llantos.

ANGEL.

Desta suerte la mano poderosa de Dios castiga, y desta suerte sana.  
(Bajan volando al tablado.)

SANTA.

¿Qué merecí, señor, ser vuestra esposa?

ANGEL.

Carlos quinto ha venido á verte, Juana.

SANTA.

¿Adónde, pues, se va Vuestra Hermosura?

ANGEL.

Contigo quedo: ¡oh vista soberana, gran consuelo, gran suerte, gran ventura!  
(Sale volando el Angel, todo se encubre.)

## ESCENA II

Salen el EMPERADOR CARLOS QUINTO y acompañamiento, y DON JORGE, del hábito de Santiago, y LILLO.

SANTA. Señor: ¿otra vez honráis esta vuestra humilde casa?  
CARLOS. Si vos, madre, en ella estáis, ¿quién por vuestras puertas pasa sin que vos le bendigáis?  
Soy yo muy devoto vuestro, y así lo que os quiero nuestro.

SANTA. A lo menos sois, señor, de la cristiandad favor, y por eso lo sois nuestro.

CARLOS. La guerra, madre, publico contra el hereje que ampara el Duque Juan Federico de Sajonia y se declara contra el Imperio. Es muy rico y poderoso, y también quiere el Lanzgrave de Hesén defender las falsedades de Lutero y cien ciudades rebeldes; pero aunque estén tan poderosos, entiendo de la verdad que defiende que el áspid he de pisar y el basilisco, y quitar del mundo este monstruo horrendo. Por esto antes de partirme, madre, en tan ardua ocasión, de vos vengo á despedirme, por que vuestra bendición nuestras victorias confirme. Id, columna de la Fe, gloria del nombre español, que, porque victoria os dé, haréis que detenga el sol su curso cual Josué. El rebelado alemán y el flamenco os labrarán estatuas de bronce y oro, vencido en Túnez el moro como en Buda Solimán. De vuestra parte tenéis á Dios, pues, por varios modos, por que más fama cobréis, en Yuste, vencidos todos, á vos mismo os veaceréis. El cielo os dé su favor, pues que sois su defensor y destos reinos espejo.

SANTA. Con grande cuidado deo, madre, ya al Gobernador de España y encomendada esta casa.

CARLOS. Siempre ha sido de su valor amparada.

SANTA. Siempre ha sido de su valor amparada.

SANTA. Siempre ha sido de su valor amparada.

CARLOS. Yo estoy muy agradecido por veros siempre ocupada en encomendarme á Dios, pues, ayudándome vos, bien á España regiré, y muy seguro podré partirme. Adiós, madre, adiós; y advertid también que queda don Jorge muy encargado que os acuda en cuanto pueda. Aquesta villa le he dado, con otras muchas que hereda, y con tan noble vecino, que enriquecerá imagino esta casa y posesión, que es don Jorge de Aragón, madre Juana, mi sobrino. Soy tu hechura.

JORGE. Hacer alarde del valor que vive en vos, y vamos de aquí, que es tarde.  
CARLOS. Madre: encomendadme á Dios.  
SANTA. El os de victoria y guarde.

(Vase La Santa por una puerta.)

## ESCENA III

Alirse por la otra acompañando al EMPERADOR, DON JORGE se vuelve á él y le dice:

CARLOS. ¿Dónde vais?  
JORGE. A acompañar á vuestra Majestad voy.  
CARLOS. Quedaos, don Jorge, á tomar de los lugares que os doy la posesión y á gozar el nuevo y alegre estado, que estáis recién desposado. Mas sirvaos el casamiento de más sosiego y asiento que hasta ahora habéis mostrado, que habéis sido muy travieso; y pues ya tenéis edad, si con ella viene el seso, pasen con la mocedad las locuras.

JORGE. Tus pies beso y serte otro te prometo.  
CARLOS. Quedaos, pues, y sed discreto.  
JORGE. Prospera tu vida Dios.  
CARLOS. Enojarme con vos, don Jorge, si andais inquieto.

(Vanse.)

## ESCENA IV

Quedan DON JORGE y LILLO.

LILLO. Dile que dónde predica mañana su Majestad.  
JORGE. En vano á la voluntad desbocada el freno aplica por que no corra veloz.  
LILLO. ¿Al gato pone maneotas?  
Dile que las tiene rotas, y si llega dale coz.

¡Par Dios, que es linda la flemal! A un Fray Guarín te redujo. Malo soy para cartujo y loco en seguir mi tema. Verdad es que estoy casado; pero ¿por eso he de estar privado de otro manjar? Cocido come y asado quien tiene caudal, señor, y también puede un marido, si el matrimonio es cocido, dar vueltas al asador y alcanzar de una perdiz las dos pechugas.

JORGE. Bien dices.

LILLO. Son las villanas, perdices que no ofenden la nariz, porque huelen á tomillo, y el tercero es el trinchante que se las pone delante.

JORGE. Pues mi trinchante eres, Lillo, caza y parte.

LILLO. ¡Bueno es eso!

Lo mejor te comerás, y dándome lo demás dirás: róete ese hueso. Hermosas labradorcillas hay en Cubas.

LILLO. Encuballas

si te agradan, ó alcanzallas.

JORGE. Lillo: hermosuras sencillas entre tosca frisa y paño son las que busco y codicio, que siempre del artificio dicen que se hizo el engaño. Da al diablo tanto tocado, tanta seda y guarnición, gigantes que en procesión son paja y visten brocado.

LILLO. Nunca de esas hago cuenta, porque ya es cosa sabida que carne que está sentida la disfrazan con pimienta. Enfádame la mujer que gasta galas sin suma, porque ave de mucha pluma tiene poco que comer. Llega, que si te regala el donaire labrador, siendo de Cubas señor cobrar pueden alcabalas, sin cortesanos trabajos, de sus ninfas tus deseos, pues si damas son rodeos labradoras son atajos.

JORGE. A medida vino á hallarte mi amor de su gusto.

LILLO. Fui hurón un tiempo ó neblí.

JORGE. ¿De quién?

LILLO. De Francisco Loarte en Illescas, que perdido por esta santa mujer que agora acabas de ver pretendió ser su marido; pero como se acogió á *fideliium*, de su tierra

se fué á Flandes á la guerra  
y sin amo me dejó;  
mas entrándote á servir  
todo en ti lo vine á hallar.  
JORGE. ¿Qué fiesta es ésta?  
LILLO. El lugar  
que te sale á recibir.

## ESCENA V

Salen CRESPO y MINGO, Alcaldes; BERRUECO, MARI  
PASCUALA, MENGUA y MÚSICOS LABRADORES.

MÚSICOS. (Cantan.) El Comendador,  
bendiga vos Dios.

Mús. 1.º La Virgen de Illescas...

Mús. 2.º Señor San Antón...

TODOS. Pues venís á Cubas...

Mús. 2.º El Comendador...

Mús. 1.º A ser nuevo dueño...

Mús. 2.º Bendiga vos Dios.

Mús. 1.º La Virgen de Illescas...

Mús. 2.º Vos dé bendición...

Mús. 1.º El cirio pascual...

Mús. 2.º Señor San Antón...

TODOS. El Comendador.

Mús. 1.º La vuesa esposica...

Mús. 2.º Os para un garzón...

Mús. 1.º Como un Holofernes...

Mús. 2.º Como un Salomón...

Mús. 1.º Que vaya á la guerra...

Mús. 2.º Y de dos en dos...

Mús. 1.º Prenda los moricos...

Mús. 2.º Que en Sansueña son...

TODOS. El Comendador.

BERRUECO. Agora habéis de llegar  
y helle una remenencia.

MINGO. Dios mantenga á su Cubencia.

BERRUECO. ¿Cubencia?

MINGO. ¿No ha de mandar  
á Cubas?

BERRUECO. Sí.

MINGO. Pues bien puede  
llamarse Cubencia.

CRESPO. Sí.

MINGO. Los dos venimos aquí  
ambos á dos (sin que quede  
de todos cuatro costados  
quien no venga con los dos,  
porque, en fin, los dos, par Dios,  
somos hogaño empalados).  
Venimos á recebillo  
por nuesto dueño á compás,  
y porque no es para más  
guarde os Dios. Porte un cuartillo.

JORGE. ¡Gracioso recibimiento!

MINGO. Llegad vos.

CRESPO. ¿Llegaré?

MINGO. Sí.

CRESPO. A Mingo Pulgar y á mí  
nos cupo el embazamiento  
de hogaño, y Martín Berrueco,  
hijo de Gil Porquerizo,  
Bras Moreno y Sancho Erizo,  
Pero Antón y Agustín Seco,  
el cura y el herrador,

y el barbero Herrán Bermejo,  
entramos hoy en Concejo  
á tomaros por señor,  
y pues tomado os habemos,  
en volviendo á entrar los dos...  
pero, ¿qué os importa á vos  
de que entremos ó no entremos?  
A ser nuesto dueño entráis,  
y por ahorrar escritura,  
tal os dé Dios la ventura  
como nos la deseáis.

TODOS. Amén.

JORGE. Sois muy elocuente;  
dado me habéis gran contento;  
bien habláis.

CRESPO. Yo só un jumento  
no quitando lo presente.

JORGE. ¿Es vuestra hija esta zagala?

CRESPO. ¡Qué presto que la atisbó!

BERRUECO. Yo só su padre.

JORGE. ¿Vos?

BERRUECO. Yo.

JORGE. ¡Buena cara!

CRESPO. No era mala

para vuesa señoría

si pudiera ser su igual.

JORGE. ¿Llamáis?

MARI. Mari Pascual.

JORGE. Mucho me agradáis, María.

MARI. Por muchos años y buenos.

JORGE. Vamos.

LILLO. ¿Agrádate?

JORGE. Sí.

LILLO. Echóla calza.

JORGE. Vení.

la de los ojos morenos. (Vanse los dos.)

## ESCENA VI

DICHOS, MENOS DON JORGE Y MARI PASCUALA.

MINGO. Golosmero me parece  
el Comendador, Alcalde;  
si se os pegare, ojealde  
de la moza.

CRESPO. Si en sus trece  
se está, en casa hay sana amores  
que del alma los arranca,  
porque entre otras habrá tranca  
para los Comendadores. (Vanse todos.)

## ESCENA VII

Salen la VICARIA, SOROR EVANGELISTA y otra MONJA.

VICARIA. Madres: bien puede ser santa,  
pero no lo he de creer;  
privarla tengo de hacer  
del oficio.

EVANGEL. ¡Que sea tanta  
su pasión! ¿No considera  
los milagros que Dios hace  
por ella?

VICARIA. Todo eso nace,  
madres, de que es hechicera  
Soror Juana de la Cruz.

EVANGEL. No diga tal cosa, acabe.  
VICARIA. Venir el demonio sabe  
en forma de ángel de luz,  
y él es quien habla por ella  
tantas lenguas; no hay que hablar;  
al Provincial he de dar  
cuenta de que está por ella  
destruida nuestra casa.

EVANGEL. ¿Destruída? Pues ¿tuviera  
qué comer si ella no fuera  
su Prelada?

VICARIA. Si el beneficio  
que el Arzobispo nos dió  
de Cubas ya le impetró  
otro por Roma, ¿es buen juicio  
meterse una religiosa  
en pleitos, y que defienda  
á costa de tanta hacienda  
tan impertinente cosa?

EVANGEL. ¿Qué nos importa un curato?  
¿Qué nos importa un curato?  
¿Qué? La honra y el sustento  
de todo nuestro convento.

VICARIA. ¿Y hanos salido barato,  
si para el pleito ha vendido  
hasta los cálices?

EVANGEL. Sí.

VICARIA. El Provincial vendrá aquí  
y sabrá que ha destruido  
nuestra hacienda.

EVANGEL. Venga acá:  
¿qué hacienda en la Cruz halló  
Soror Juana cuando entró  
á gobernarla? Dirá  
que nueve reales de renta  
solamente; pues de pan,  
por su ocasión, ¿no nos dan  
cada año ciento y cincuenta  
fanegas, y de dinero  
casi docientos ducados  
con que tiene remediados  
nuestros trabajos? Si quiero  
contalla los beneficios  
que la debe nuestra casa,  
¿no sabe que son sin tasa?  
¿Qué celdas ó qué edificios  
tenía, si no labrara  
este cuarto y aposentos?  
¿No nos ha dado ornamentos?  
Sin ella, ¿quién la habitara?  
¿Quién nos da reputación?  
Mas hala puesto á los ojos  
la envidia vil sus antojos  
y así no ve la razón.

VICARIA. Predíqueme por su vida  
la hipócrita, idiota, necia,  
que ya yo sé que se precia  
de la santidad fingida  
de su abadesa; igual fuera  
que acabara de aprender  
la mentecata á leer  
para que rezar supiera  
sin venirme á predicar.

EVANGEL. Tiene infinitas razones,  
daréla mil ocasiones;  
los pies la quiero besar.

VICARIA. Todo el convento ha caído  
en la cuenta de quién es

Juana de la Cruz después  
que con embustes ha sido  
por santa reverenciada;  
todos saben mi caudal,  
y así harán al Provincial  
que me elija por Prelada,  
y entonces verán las dos  
si con hechizos y encantos  
hacen milagros los santos. (Vase.)

## ESCENA VIII

DICHAS, MENOS LA VICARIA.

EVANGEL. Madre: espere, aguarde; ¡ay Dios!  
¡Qué gran tropel de trabajos  
contra mi madre querida  
se levantan! Mas la vida  
llega por estos atajos  
á la ciudad soberana  
donde reina un Dios cordero;  
mas presto ir á avisar quiero  
de todo á mi madre Juana. (Vanse.)

## ESCENA IX

Salen la SANTA y el ANGEL llorando.

SANTA. ¿Vos llorando, Angel bendito?  
¿Vos con tanto desconuelo?  
Nunca el llanto entró en el cielo,  
porque nunca entró el delito.  
Todo es contento infinito,  
que de la presencia viene  
de aquella fuente perenne  
que eternamente gozáis.  
¿Cómo, pues, Angel, lloráis,  
si el cielo llantos no tiene?  
No haya más, mi San Laurel,  
mi custodio, mi ventura;  
enjugue Vuestra Hermosura  
ese sol, pues me veo en él.  
¿Qué daño ó qué mal cruel  
es bastante á que os desvele,  
ángel mío; ó cuándo suele  
suceder lo que hoy se ve,  
que un ángel llorando esté  
y una mujer le consuele?  
Mas ¡ay de mí ya he caído  
en la cuenta de ese llanto;  
algún pecado, Angel santo,  
contra Dios he cometido.  
Mil veces he merecido  
por mis culpas el infierno;  
¿es acaso el llanto tierno  
porque condenada estoy  
que bien sé cuán digna soy  
del fuego y castigo eterno?  
ANGEL. Segura está tu conciencia,  
Juana; nunca has cometido  
culpa mortal; siempre has sido  
monja vieja en la inocencia.  
Aunque lloro en la apariencia  
no lloro por propiedad,  
que los que ven la deidad

infinita y soberana jamás pueden llorar, Juana, ni sentir penalidad. Hete parecido así en muestras y testimonio de que ha pedido el demonio licencia á Dios contra ti; si te regaló hasta aquí, como á Job probarte intenta, y el común contrario inventa un tropel de tempestades, trabajos, enfermedades, desprecio, agravio y afrenta. Dios los trabajos amó en el mundo, de tal suerte; jamás, Juana los dejó. ¿Qué santo no los pasó? Ninguno; que son favores de Cristo, y en sus amores son su escogida librea, y quien amalle desea justo es traiga sus colores. SANTA. Pues ¿por eso es la tristeza? Trocad vuestro llanto en risa; lluevan trabajos á prisa pues vos me dais fortaleza. Bien sabe vuestra belleza lo que ha que yo pido á Dios que, pues que somos los dos esposos, nos parezcamos en que los dos padezcamos: Si ya lo alcanzo por vos, vengan penas y castigos que del cielo son atajos, pues (dicen) que en los trabajos se echan de ver los amigos; que si amó á los enemigos, porque en ellos halló el bien de las penas, yo también sigo sus plantas divinas, pues entre zarzas y espinas Dios se apareció á Moisés.

## ESCENA X

*Aparécese CRISTO con la Cruz á cuestras, arriba, coronado de espinas, y á su lado una silla de brocado y sobre ella una corona de oro.*

CRISTO. Juana: varón de dolores me llamo yo en la Escritura; quien imitarme procura busque espinas, deje flores. El que goza mis favores pasar por trabajos trata, y aunque el mundo más le abata, con los trabajos se esfuerza, que el cielo padece fuerza y el violento le arrebata. Para llegar á esta silla tienes de entrar por la puerta desta Cruz, que no está abierta sino para el que se humilla. Procura, esposa, adquiririlla, y si á los premios te inclinas del cielo, adonde caminas,

lleva, Juana, en la memoria que esta corona de gloria cuesta corona de espinas. (Encúbrese.) SANTA. ¡Oh! espinas, rico caudal de la celestial grandeza, Dios os pone en su cabeza como provisión real. Si premio tan inmortal da por trabajos el cielo, persígame todo el suelo; ya me apresto á la conquista, Angel, que con vuestra vista todo me dará consuelo. (Vanse.)

## ESCENA XI

*Sale MARI PASCUALA con un cántaro de agua, como que viene de la fuente, y DON JORGE.*

MARI. Déjeme, que vó de prisa: ¡qué importuno es su mercé!

JORGE. María: escúchame un poco.

MARI. Dado le ave, apártese (1), que me aguarda mi marido.

JORGE. Aquí os aguarda también, aguadora de mis ojos, un alma muerta de sed.

MARI. Pues ¿qué quiere el alma agora?

JORGE. ¿Qué? que la deis de beber. Dadme solamente un trago, mitigarás con él mi fuego.

MARI. Allí está la huente; si no, yo le llevaré al pilón, donde se harte.

JORGE. Ea, no seáis cruel.

MARI. ¿Bebe el alma?

JORGE. Por los ojos bebe el veneno que ven.

MARI. No se llegue, que en mi alma...

JORGE. ¿Qué?

MARI. Que le remojaré.

JORGE. Negar el agua es crueldad.

MARI. Si; ¿agua sola quería él?

MARI. ¡Quien no se las entendiese!

JORGE. Como esas manos me den de beber, iré contento.

MARI. Pues ¿no dice su mercé que se está quemando?

JORGE. Sí.

MARI. Estará sudando, pues, y beber agua sudando, matarále.

JORGE. Comeré el blanco terrón de azúcar de esas manos.

MARI. ¡Oxtel Iré buena yo á casa sin manos habiéndolas menester.

JORGE. ¿Para qué?

MARI. ¡Linda pescudal para fregar y barrer.

JORGE. ¿Del agua sois avarienta?

MARI. Sí, porque le mataré.

(1) Así en el original.

JORGE. Muera Marta, y muera harta. MARI. Que me aguardan, déjeme. JORGE. ¡Agua, Dios...! MARI. Que ruin se moja. JORGE. Tomarále. MARI. Pues á fe si llega y digo «agua va...» JORGE. ¿Qué? MARI. Que le remojaré. JORGE. Ved que os quiero bien, María. MARI. ¿Por qué no me heis de querer? JORGE. ¿heos hecho yo algún mal? MARI. Sí.

JORGE. ¿Qué mal? MARI. Muértome. JORGE. ¿De qué? MARI. De ojo. JORGE. ¡Chico es el niño! MARI. Es verdad: niño amor es. JORGE. ¿Quiere una cuenta de azogue, ó una higa para él?

JORGE. ¿Qué mas cuenta que el perderla, qué más higa que un desdén, qué más ojo que el miraros, qué más mal que el querer bien?

MARI. ¿Qué bien quiere?

JORGE. Estoy perdido. MARI. ¿De qué se perdió? JORGE. Jugué. MARI. ¿Qué juego? JORGE. A la gana pierde.

MARI. ¿Cómo? JORGE. Perdiendo gané. MARI. ¿Qué ganó? JORGE. Esta coyuntura. MARI. ¿Y qué perdió?

JORGE. Todo el bien. MARI. ¿De qué? JORGE. De la voluntad. MARI. ¿Qué es amor? JORGE. Un no sé qué.

MARI. ¿No sabe qué? JORGE. No, María. MARI. ¡Bueno!

JORGE. ¿Queréislo saber? MARI. Sí. Escuchad. No se me acerque, porque le remojaré. (Tómala una mano.) JORGE. ¿Hay tal mano? ¿hay tal blancura?

MARI. Agarrómela, pardiéz. JORGE. Déjamela dar mil besos. MARI. Bese presto y váyase. JORGE. ¿Quiéresme bien?

MARI. Un poquillo. JORGE. Paga mi amor. MARI. No hay con qué. JORGE. ¿Qué te falta? MARI. No ser mía.

JORGE. Pues ¿cúya? MARI. De un Locifer que hasta los pasos me cuenta. JORGE. ¿Los pasos cuenta? MARI. Sí, á fe.

JORGE. Lo contado como el lobo; cuando quiere una mujer,

no hay llaves, puertas ni muros; quíereme tú, que yo haré fáciles los imposibles. MARI. Vedme mañana otra vez, que soy agora madrina de un bateo y pienso que es tarde y me esperan en casa. JORGE. Pues yo el padrino seré. MARI. No, señor; que es el barbero. JORGE. Por verte á ti le iré á ver. MARI. Aquí en la Cruz se bautiza, y es hijo del sacristén. JORGE. ¿Al fin me quieres? MARI. El diablo en esos ojos tenéis que me reconcome el alma desde el punto que os miré.

## ESCENA XII

*Sale LILLO.—DICHOS.*

LILLO. Señores: el espantajo ha venido. MARI. ¡Ay Dios! ¿qué haré? JORGE. Adiós. MARI. Adiós. JORGE. Mucho os quiero, María. MARI. Yo á vos también.

(Vanse los dos.)

## ESCENA XIII

*Sale CRESPO.—MARI PASCUALA.*

CRESPO. ¿«Yo á vos también», al partirse don Jorge de mi mujer? No anda bueno el reportorio; pero yo le enmendaré.

MARI. ¡Crespo míol!

CRESPO. ¿Qué os quería don Jorge?

MARI. Aquí le encontré y mandóme que os pidiese que hoy el galgo le prestéis. CRESPO. Pedilde á Crespo, que os ama, el galgo, y yo á vos también; no viene bien la respuesta, ni la excusa vino bien.

Ea, ea, á casa, María, que cuando el bateo esté acabado, dos liciones os daré de responder. MARI. Pues ¿qué tenemos?

CRESPO. No, nada; ratoneras sé yo her donde los golosos cojo; Jorgito, yo os cazaré. No es esta agua toda limpia; vacialda y venid. ¿Qué hacéis?

MARI. Si el miedo llevan que yo todas las que quieren bien, ¡juego de Dios en el bien querer! Amén, Amén. (Vanse.)

## ESCENA XIV

*Salen el ANGEL y la SANTA.*

ANGEL.

Juana: Dios manda que tu misma historia y los milagros que contigo ha hecho escribas, porque todo sea en gloria de su eterno poder y en tu provecho.

SANTA.

¡Ay, Angel santo! y si la vanagloria que tantas buenas obras ha deshecho, asalta el alma y mi humildad derriba, ¿qué servirá que yo mi historia escriba?

ANGEL.

Dios, que lo manda, te dará su ayuda.

SANTA.

Angel: ¿yo he de escribir en mi alabanza? ¿No sabéis vos que la virtud es muda? ¿No sabéis vos que la ambición se alcanza con la propia jactancia y que se muda la humildad en soberbia?

ANGEL.

No hay mudanza que á las virtudes haga resistencia si en la humildad fabrica la obediencia, cuanto y más que escribiendo maravillas de Dios, tu Esposo, su poder levantas y á ti te abate más con escribillas, por ser indigna de mercedes tantas.

SANTA.

Nunca yo he merecido recibillas; pero, Angel santo, tú que siempre cantas en la presencia de mi Esposo eterno, de el *Sancto, Sancto, Sancto*, el himno tierno, suplicote me alcances dél licencia para que no sea yo mi coronista ni quiebre la virtud de la obediencia (que la alabanza á la virtud conquista).

ANGEL.

Eso y más te concede su clemencia; mas manda que María Evangelista, cuya lengua su eterno poder toca, tu vida escriba de tu misma boca.

SANTA.

Si no sabe leer, ni escribir sabe, ¿cómo ha de ser?

ANGEL.

La omnipotencia suma no hay cosa que no pueda y que no acabe; ella es quien rige ya su mano y pluma.

SANTA.

Su nombre santo el cielo y tierra alabe; pues El lo manda, no es razón presuma resistir su divino mandamiento; su esclava soy, su voluntad consiento.

ANGEL.

Ya se te acerca, Juana, el fiero trance

de los trabajos con que Dios permite que tu paciencia tu corona alcance.

SANTA.

Regalos son que mi obediencia admite; mucho espero medrar en este lance.

ANGEL.

Toda la casa pide que te quite el oficio que tienes de Abadesa.

SANTA.

Con gran razón mi indignidad confiesa.

ANGEL.

Gran torbellino contra ti levanta el demonio; de afrentas perseguida de todos has de ser.

SANTA.

Nada me espanta, si Dios me da favor.

ANGEL.

A que le pida á Dios, la Reina de la corte santa me parto al cielo. Adiós, Juana querida.

(Vase.)

## ESCENA XV

*La SANTA, sola.*

Al arma toca el mundo; cuerpo bajo, vamos á ejercitarnos al trabajo; antes que entremos, Juana, en la batalla hagamos militares ejercicios. ¿No tengo yo una cota hecha de malla? Á vestírmela voy contra los vicios. Corona tiene Dios; para alcanzalla no son malas escalas los cilicios; por espinas da Dios sillas divinas. Al arma, Juana, pues; buscad espinas. (Vase.)

## ESCENA XVI

*Sale SOROR MARÍA EVANGELISTA.*

Madre Abadesa: amada madre Juana, ¡gran milagro! que sé leer y escribo; de la mano de Cristo soberana por su ocasión esta merced recibo. ¡Oh qué letora soy! ¡oh qué escribana! No tendrá la Vicaria más motivo de afrentarme de torpe y de ignorante; leer y escribir supe en un instante. ¿Dónde está, Madre nuestra?

## ESCENA XVII

*Aparécese la SANTA en una cruz, coronada de espinas, con una soga al cuello y una túnica de rayo, y bájase de ella cuando la llama SOR EVANGELISTA.*

SANTA.

¿Quién me llama?

EVANGELISTA.

¡Ay, cielos, qué crueldad! Madre amorosa: ¿qué hace de esa suerte?

SANTA.

En esta cama, aunque áspera á la vista, amor reposa.

EVANGELISTA.

Espinas flores son para quien ama, y en ellas estáis bien, porque sois rosa.

SANTA.

En las sillas celestes y divinas dan coronas de gloria por espinas. De aqueste modo voy apercebida á pelear, que estoy desafiada de mil persecuciones.

EVANGELISTA.

Perseguida crece más la virtud y es celebrada; Dios me manda escribir su santa vida.

SANTA.

Ya sé que su divino amor se agrada de que el mundo su eterno nombre alabe; de ese modo ya sé que escribir sabé; sabrán todos que soy gran pecadora, pues con tantas mercedes no soy santa. Para mi confusión es.

EVANGELISTA.

¿Por qué llora?

SANTA.

Por ver tanto favor, clemencia tanta en tantas culpas ¡ay de mí! En la hora de dar la cuenta al Juez, ¿quién no se espanta? ¿quién no tiembla?

EVANGELISTA.

La gente del aldea, Madre, su santa bendición desea. Vienen á bautizar una criatura y de su mano esperan justamente la bendición del niño y la ventura; vamos, por que no espere tanta gente.

SANTA.

Yo lo consultaré con Su Hermosura; que no es razón sin San Laurel, que intente cosa ninguna.

EVANGELISTA.

¡Oh Sagra toledana! sagrada estás, pues te consagra Juana. (Vanse.)

## ESCENA XVIII

*Salen los LABRADORES todos con música y bateo.*

TODOS. (Cantan.) Trébole danle al niño, trébole ¡ay Jesús, qué olor!

LAB. 1.º Trébole y poleo.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Alegre el bateo.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Rosas y junquillos.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Para los padrinos.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Espadaña y juncia...

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Para el señor cura.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Lirios de los valles...

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Para el padre y madre.

TODOS. Trébole.

LAB. 1.º Y para el Alcalde la hierba del sol.

TODOS. Trébole, denle trébole al niño,

trébole; ¡ay Jesús, qué olor!

CRESPO. Entre en la Igleja el bateo,

y mientras que le bautizan

bailen los que solenizan

la fiesta.

MENGA. Ya lo deseo.

BERRUEC. Par Dios que ha parido Gila

un hijo como un becerro.

CRESPO. ¡Qué tieso, oh hi de puta, perro!

¿Mas que se mea en la pila?

## ESCENA XIX

*Salen DON JORGE y LILLO.—DICHOS.*

JORGE. ¡Oh buena gente!

BERRUEC. ¡Oh señor!

JORGE. Haz lo que tengo ordenado.

LILLO. Voy, pues. (Vase Lillo.)

## ESCENA XX

*DICHOS, menos LILLO.*

JORGE. Sin ser convidado me vengo.

CRESPO. Es mucho favor.

MINGO. En este poyo se siente

su señoría.

JORGE. Sí, haré. (Siéntase.)

¡Hermosa madrina, á fe!

CRESPO. Yo os la quitaré de enfrente

y os haré trampa en que caya

vueso amor; dejaldo estar.

¿No se comienza á bailar?

Ea, salgan.

MINGO. Vaya.

MENGO. Vaya.

TODOS. Vaya. (Cantan y bailan.)

Envidiosa Gila en Cubas

del hijo que sin sazón

parió Marina en Orgaz,

un muchacho repujó.

¡Oh, qué lindo y grande que es!

Bendígale la Ascensión!

Su padre le vea barbero,

sacristán ó tundidor.

Ya le van á bautizar,

ya le llaman Perantón,

ya le vuelven á su casa,

ya sacan la colación.  
Si merendares, comadres,  
si merendares, llamadme.  
Si merendáredes nuégados  
y gaabanzos tostados,  
pues somos convidados,  
al repartirlo avisadme.  
Si merendáredes, etc.  
Ya el muchacho se gorjea;  
ya sabe decir «ajó»;  
ya le han sacado los brazos,  
ya le han puesto un correón,  
ya le hacen hacer pinitos  
y le dicen á una voz:  
«Anda, niño, anda,  
que Dios te lo manda  
y Santa María  
que andes en un día;  
señor San Andrés  
que andes en un mes;  
señor San Bernardo  
que andes en un año  
sin hacerte daño  
en esta demanda.  
Anda, niño», etc.  
Ya ha crecido y va á la escuela,  
ya en el Cristo da lición,  
ya sabe jugar al toro,  
ya corren de dos en dos,  
á «la trapa, la trapa, la trapa,  
en mi caballito de caña».  
Ya quieren que vaya al campo  
y aprenda á ser labrador;  
ya le visten de sayal  
el capote y el calzón.  
Caperuza cuarteada  
su señor padre le dió,  
y probándosela todos  
ansí le dicen á un son:  
«Que la caperuzita de padre  
póntela tú, que á mí no me cabe.»

## ESCENA XXI

Salen LILLO y otros, y llévanse á MARI PASQUALA.

JORGE. Llega, Lillo, que ahora es tiempo.  
MARI. ¿Qué es esto? ¡Ay cielos, traición!  
LILLO. Ninguno el paso me impida.  
CRESPO. ¡Oh infame! ¿Cómo que no,  
si es mi esposa la que llevas?  
JORGE. ¿Por qué no?  
CRESPO. ¡Muera el traidor!  
JORGE. Ninguno pase de aquí,  
si no pasaré yo.  
CRESPO. ¡Par Dios, que es linda la flemal!  
Que es Mari Pascual, señor.  
JORGE. Segura va, sosegaos.  
CRESPO. ¿Con quién?  
JORGE. Con vuestro señor.  
CRESPO. ¿Con vos?  
JORGE. Conmigo.  
CRESPO. ¿A qué va?  
JORGE. Eso adivinaldo vos.  
CRESPO. ¿Y mi honra?  
JORGE. ¿Qué más honra  
que amarla el Comendador?

CRESPO. ¿Esa es justicia?  
JORGE. Villanos:  
no me enojéis, que yo soy  
señor de Cubas, y ansí  
todo es mío. (Vanse.)

## ESCENA XXII

DICHOS, MENOS PASQUALA, JORGE, LILLO y CRIADOS.

CRESPO. ¿Esa es razón?  
¿Esto consentis, cobardes?  
¡Matalde!  
MINGO. Mátele Dios  
que le hizo.  
CRESPO. ¿Tal injuria  
consentis? ¿Tan gran traición?  
MINGO. A quien le duele la muela  
que se la saque; andad vos,  
si os atrevéis sin tenazas,  
y sacalde ese raigón.  
BERRUEC. ¡Ah, cielos!  
MINGO. Que no la quiere  
sino por un día ó dos,  
y luego os la volverá.  
CRESPO. A estar el Emperador  
en España...  
MINGO. ¡Buena flemal!  
Guarde el cielo mi rincón.  
BERRUEC. ¿Estas mañas tenéis, Jorge?  
Yo me vengaré de vos.

## ACTO SEGUNDO

## ESCENA PRIMERA

Salen DON JORGE, LILLO y LABRADORES.

JORGE. Pegad á todo el lugar  
fuego, sin que dejéis casa  
que no convirtáis en brasa.  
Villanos: no ha de quedar  
piedra en Cubas sobre piedra.  
MINGO. Señor: por amor de Dios;  
por nuestra hacienda y por vos,  
con cuya presencia medra,  
que mandéis á los soldados  
que en Cubas habéis metido  
salir dél; basta el roído  
los dineros y ganados  
que nos roban, sin que intenten  
robar también nuesto honor;  
que no es honra del señor  
que sus vasallos afrenten,  
claro está.  
JORGE. ¿Y es justo  
que se opongan los vasallos  
á su señor?  
MINGO. Si afrentallos  
quiere su travieso gusto,  
¿qué mucho que se defienda  
quien ve que ese honor se pierde?  
CRESPO. El perro con rabia muerde;

¿salísme á robar la prenda  
más estimada y querida,  
sin poderos abrandar,  
y espantáisos que el lugar  
su agravio y mi afrenta impida?  
BERRUEC. Mari Pasquala es mi hija.  
CRESPO. Mi esposa habia de ser.  
BERRUEC. ¿Por qué habéis vos de querer  
dar á mi vejez prolija  
tan mal fin, y que el lugar  
me afrente, y viéndola diga:  
esta que veis es la amiga  
de don Jorge?  
LILLO. Que mirar  
tendrán por sí, de manera  
que no se acuerden de vos.  
JORGE. Luego ¿entendisteis los dos  
que Mari Pasquala era  
solamente en quien mi gusto  
pongo, y á quien amo y quiero?  
¡Bueno, á fe de caballero!  
Pues si eso os daba disgusto,  
consolaos, que no seréis  
solos los que de hijos míos  
seáis abuelos y tíos,  
que con todos me veréis  
emparentar.

CRESPO. Y lo hará  
como lo dice.  
MINGO. Buen cargo  
ha tomado.  
JORGE. El tiempo es largo,  
Crespo; todo se andará.  
MINGO. ¿Y eso es justo?  
LILLO. ¿Por qué no?  
JORGE. Sois muy toscos y groseros,  
y pretendo ennobleceros,  
pues lo quedaréis si yo  
mezclo con vuestro sayal  
un jirón de mi nobleza.  
CRESPO. Alto; ¡díole en la cabeza!  
JORGE. ¿Dónde está Mari Pascual?  
Porque escondella es querer  
que todo el pueblo destruya.  
¿No vais por ella?  
CRESPO. Si suya,  
así como así ha de ser,  
no empiece en Mari Pascual;  
que es como guindas amor,  
la postrera la mejor,  
y para guinda no es mala.  
MINGO. Que destruyas nuesa hacienda  
importa poco, tomalda,  
y si os servís abrasalda,  
como el honor no se ofenda;  
que el lugar consentirá,  
como no le deshonréis,  
que la hacienda le quitéis.  
JORGE. Mingo: todo se andará;  
decid adónde llevastes  
vuestra sobrina, ó haré  
que os den tormento.  
MINGO. Pues ¿sé  
yo dó está?  
JORGE. ¿No la quitastes  
á Lillo en ofensa mía  
con ayuda del lugar?

LILLO. Eso puedes preguntar  
á mis lomos, que á porfia,  
haciendo con ellos fiestas,  
tantos palos les pegaron,  
que, sin jugar, me cargaron  
un flux de bastos á cuestras.  
Librete Dios de una tranca  
en manos de un labrador  
si se enoja y con furor  
tras un desdichado arranca,  
que no dirás sino que es  
sota de bastos con ella.  
JORGE. Crespo: en vano es escondella;  
yo os la volveré después  
y seréis de su hermosura  
legítimo poseedor.  
CRESPO. Lo que otro suda, señor,  
diz que á mí poco me dura.  
Eso es lo que mi honra busca;  
no me falta ya si tiña,  
vendimiadme vos la viña  
comeré yo la rebusca.  
¡Bueno! eso no ¡juro al soto!  
que no es discreto el marido  
que puede comprar vestido  
entero y le compra roto.  
¡Malos años; no en mis días!  
LILLO. A la encina y al villano,  
si no es á palos, en vano  
pedirles fruto porfias.  
JORGE. Dices, Lillo, la verdad.  
¡Hola! saca un potro aquí.  
CRESPO. ¿Potro aquí? Ya siento en mí  
extraordinaria humedad.  
BERRUEC. Mira que al Emperador  
ofendes, y cuando venga  
y destos agravios tenga  
noticia, ha de hacer, señor,  
el castigo que tú sabes,  
de su justicia y enojo.  
JORGE. Pocos consejos escojo,  
por más que al César alabes,  
pues cuando él volviese acá  
ya yo por diversos modos  
os tendré muertos á todos,  
y nadie se quejará.  
Dónde está Mari Pascual  
declarad, ó en el tormento  
moriréis.  
CRESPO. A lo que siento,  
lleno estoy de unto sin sal;  
yo diré la verdad llana.  
Cuando á Pascual os quitamos  
al convento la llevamos  
de la Cruz. La madre Juana  
allí guardándola está  
de vuesto ciego cuidado;  
si hasta aquí lo hemos negado  
es porque no vais allá  
y hagáis de las que soléis  
con que el convento se inquiete.  
JORGE. Pues, á Juana, ¿quién la mete  
(por más que se lo roguéis  
vosotros) si no en rezar?  
CRESPO. Es una santa, señor,  
y mira por nuesto honor.  
JORGE. Cuando me llego á enojar

no miro yo en santidades  
que, quizá, fingidas son;  
acuda ella á su oración  
y no intente novedades.  
Disciplínese, que es justo;  
ayune y rija su casa;  
mas si los límites pasa  
de su estado y de mi gusto  
y irritan mi libertad,  
guárdese, que podrá ser  
que vengamos á saber  
qué tal es su santidad.

## ESCENA II

Sale UN PAJE.

PAJE. La Vicaria del convento  
de la Cruz éste te envía.

(Dale un billete.)

JORGE. Si es que resistir porfia  
mi amoroso pensamiento,  
mal sus ruegos y lisonjas  
mis gustos resistirán;  
conténtese con que están  
seguras de mí sus monjas.

(Abre el billete y lee.)

«La presunción de la madre Juana  
de la Cruz es tanta, que, no contenta  
con regir su casa, ha pretendido go-  
bernar las ajenas, de suerte que para  
remediar (según dice) la de V. S., ha  
escrito á Madrid á la señora doña  
Ana Manrique, esposa de V. S., in-  
sultos indignos de tal persona, y per-  
suadióla á que, no enmendándose de  
ellos, se queje al Gobernador de Cas-  
tilla don Juan Tavera para que los  
remedie, y con capa de santidad fin-  
gida tiene banderizada esta casa.  
Ahora que la está visitando Nuestro  
P. Provincial será de importancia la  
autoridad de V. S. para que se pierda  
la suya y la quiten el oficio que ha  
tantos años ejerce de Abadesa. Las  
más monjas deste monasterio son  
deste parecer; y porque al Señor del  
lugar conviene procurar la quietud  
dél, y ésta resulta de la de esta casa,  
aguardamos á V. S. para la libertad  
de ella y de una doncella que, según  
he sabido, contra su gusto tiene en  
este convento. Para lo uno y lo otro  
importará la presencia de V. S., á  
quien N. S. guarde.—La Vicaria.»

¡A doña Ana contra mí  
para que al Gobernador  
se queje contra mi honor!  
¡Oh hipócrita falsa! ¿Ansí  
tu santidad se acredita?  
Al Provincial hablaré  
y el alma le quitaré  
si el oficio no le quita.  
No en vano por sospechosa  
tuve la virtud fingida

desta mujer atrevida,  
que, pues llega á ser odiosa  
hasta [á] sus monjas, ¿quién duda  
que, perturbando su paz,  
con el fingido disfraz  
de santa sus vicios muda?  
Su eterno perseguidor  
tengo de ser desde aquí.  
Al convento voy.

CRESPO. ¿Ansí  
nos quieres dejar, señor,  
sin mandar á los soldados  
que se vayan del lugar?

JORGE. Villanos: habéis de estar  
con su presencia obligados  
á mi gusto.

CRESPO. Quanto quieres  
haces; ¿quién hay que te ofenda?

JORGE. Señor soy de vuestra hacienda,  
vuestras casas y mujeres;  
todo me ha de dar tributo,  
pues que vuestro dueño soy.  
Ven, Lillo.

LILLO. Contigo voy.  
MINGO. ¿Las mujeres? ¡Oste, puto!  
¿Qué hemos de her?

CRESPO. Trasponellas  
como puerros.

BERRUUC. Ese es  
mi voto: yo á Leganés  
pienso llevar dos doncellas  
que en casa quedan.

MINGO. Si á pares  
á las doncellas sacáis,  
á las casadas dejáis  
á figura.

BERRUUC. En los lugares  
vecinos pueden estar  
seguras, hasta que venga  
el Emperador y tenga  
noticia de que el lugar  
nos destruye este traidor.

CRESPO. Cuando Carlos venido haya,  
á fe que no se le vaya  
con ella el Comendador.

MINGO. De mi voto no saquéis  
las mujeres del lugar,  
que mos puede resultar  
mayor mal del que teméis.

BERRUUC. Callad, dejaos de quillotros.

MINGO. Temo, de esos pareceres,  
que en faltando las mujeres  
tiene de dar tras nosotros. (Vanse.)

## ESCENA III

Salen la SANTA y MARI PASCUALA.

SAN Es la hermosura, María,  
niebla que el sol desvanece,  
sombra que desaparece,  
fimera que vive un día,  
vela que luce lo que arde  
la frágil luz de la vida,  
hierba con el sol florida  
que se marchita á la tarde,

y es instante cuyo ser  
está á las puertas del nada,  
joya del tiempo prestada,  
por quien luego ha de volver.  
Pues fabricar la esperanza  
sobre el vano fundamento  
de la nieve, sombra y viento,  
despojos de la mudanza,  
¿paréceos á vos cordura?

¿Es bueno tomar á censo  
pena eterna, fuego inmenso,  
por el deleite que dura  
lo que la sombra y la flor?  
¡Ay, María! mal sabéis  
lo que costado le habéis  
á Dios, con cuyo valor  
vino el mundo á remediaros;  
y con ser tal su poder,  
tuvo por bien el vender  
su vida para compraros.  
Joya, pues, que vale tanto,  
¿en tan poco ha de estimarse?  
¿En balde ha de derramarse  
sangre de mi Esposo santo?

No lo permitáis, María;  
estimaos en más á vos;  
no os merece sino Dios.

MARI. Basta, madre, madre mia,  
basta, que me derretis  
el alma y el corazón;  
palabras de fuego son,  
madre, las que me decís.  
Si me he dejado vencer  
de las promesas y amor  
del fuego, Comendador  
persiguióme; soy mujer,  
mi flaqueza combatió;  
mas, pues, por vos valor cobra,  
no temáis ponga por obra  
lo que, hablándome, intentó.  
Diamante seré á su amor,  
jamás vencirme podrán  
sus promesas.

SANTA. Más galán  
es Dios que el Comendador.  
Si, porque no le habéis visto,  
esotro os ha satisfecho  
porque trae la cruz al pecho,  
más preciosa cruz trae Cristo  
á las espaldas, cosecha  
de mis vicios desbocados,  
que, por no ver mis pecados,  
á las espaldas los echa.  
Su encomienda es de más cuenta,  
y si no, julgaldo vos,  
pues que llevamos los dos,  
él la cruz y yo la renta.  
Cristo el Gran Maestre es  
desta preciosa encomienda  
rica y inmortal hacienda;  
infalible su interés.

MARI. Pues, cuando don Jorge os muestre  
amor, ¿no es notable error  
amar al Comendador  
despreciando al Gran Maestre?  
¡Ay, madre! Tan persuadida  
á servir á Dios estoy,

que, si quisiera, desde hoy,  
mudando de estado y vida,  
quedarme por freila aquí.  
Ojalá que yo pudiera,  
que temo, si salís fuera,  
vuestra pérdida.

SANTA.

MARI. ¡Ay de mí!

SANTA. Hay visita en casa agora  
y está nuestro Provincial  
en ella; es poco el caudal  
nuestro, y yo gran pecadora.  
Todas le piden que os eche  
de casa, que una seglar  
su quietud puede inquietar,  
sin que mi ruego aproveche.  
Fuerza es, hija, que os volváis  
á casa de vuestro padre.

MARI. Pues ¿cómo? ¿No veis vos, madre,  
que al lobo la oveja echáis?

SANTA. No puedo más; la ocasión  
suele dar fama notoria,  
y Dios, por ver la vitoria,  
permite la tentación.  
Si de vos misma salís  
victoriosa, buen padrino  
os será el amor divino,  
por cuyo amor combatis.  
Yo haré por vos oración  
á Dios.

MARI. ¿Hay tal desconsuelo?  
Dadme, pues, la mano.

SANTA. El cielo,  
hija, os dé su bendición.  
(Vase Mari Pascuala.)

## ESCENA IV

Sale el ANGEL.—La SANTA.

ANGEL. ¿Juana mía?  
SANTA. ¿Mi Laurel?

¿Vuestra Hermosura no sabe  
que en el peligro más grave  
se ve el amigo más fiel?  
Agora que el Provincial  
admite discursos largos  
de las que me ponen cargos  
porque las gobierno mal,  
¿me escondéis esa belleza?

ANGEL. Jamás me aparto de ti.  
SANTA. Todo es, mi Laurel, así;  
pero, para mi tristeza,  
no basta que estéis conmigo,  
sino que os me dejéis ver.

ANGEL. Agora os he menester,  
que sois mi mayor amigo.  
Las más, Juana, del convento  
son contra ti.

SANTA. ¿Qué bien hacen!  
Pues de mis pecados nacen  
causas de su descontento;  
helas escandalizado,  
Angel, con mi mala vida,  
siendo soberbia, atrevida;  
y habiendo de ser dechado  
de todas, la menor dellas  
pudiera ser mi prelada.